

traban en ejercicio, era el exáminar, no si sus predecesores habian descuidado algun provecho, sino si algun objeto esencial se habia escapado á su vigilancia.

Los ciudadanos necesitados, lejos de tener envidia á los ricos, eran tan zelosos de los intereses de las casas opulentas, como de los suyos propios, persuadidos á que la prosperidad de estas casas era para ellos un recurso siempre abierto. Los ciudadanos acaudalados, sin despreciar á la indigencia, miraban como vergonzoso para ellos, la pobreza de sus compatriotas, y los socorrian en sus necesidades.

Bien puede juzgarse lo que antiguamente era el Areópago, por lo que aun pasa en él en nuestros dias. Hoy mismo, to-

dos aquellos que llegan á ser sus miembros, no importa qual haya sido su conducta, y qual sea su carácter; apenas han entrado en él, quando avergonzandose de entregarse á sus malas inclinaciones, las sacrifican al espíritu del cuerpo. ¡ Tanto miedo supieron inspirar nuestros padres á los malos, é imprimir en el lugar de sus asambleas una memoria indeleble de su virtud y de su sabiduría!

Este Tribunal era el de las costumbres. Creer que habrá mejores ciudadanos donde haya mejores leyes, era un error, segun nuestros mayores; porque en esta suposicion, nada impediría á los Griegos el que todos fuesen virtuosos, pudiendo cada pueblo tomar de los otros

sus reglamentos. Pero no son estos reglamentos, sino una regularidad constante, la que hace crecer, y da fuerza á la virtud. La mayor parte de los hombres se conduce segun los principios, en los quales se ha criado. En quanto á la precision de las leyes, y á su multitud, ha de creerse que esto no anuncia otra cosa que la decadencia de un Estado: son otros tantos diques, que ha sido forzoso oponer á los crímenes, á medida que se iban multiplicando. Por esto los sabios ciudadanos, en vez de cubrir de leyes (1) los muros de sus Pórticos,

---

(1) Las leyes en Atenas estaban grabadas en tablas de madera ó de metal, y suspendidas báxo los Pórticos de los principales edificios,

cos, se ocupaban en grabar en sus corazones los principios de justicia. No, no con decretos, sino con costumbres, se gobierna bien una república. Aquel que ha contraído el hábito del vicio, no temerá violar los mas bellos reglamentos; y aquel, por el contrario, que ha adquirido fuertes impresiones de virtud, se conformará gustoso á las ordenanzas útiles. Penetrados de estas verdades, nuestros mayores trataban menos de castigar los desórdenes, que de evitar todo motivo de castigo. Creían que éste era su oficio, y que el cuidado de los castigos, debía aban-

---

cios, para que todo el mundo pudiera leerlas.

donarse á los enemigos.

Su atencion se extendia á todos los miembros del Estado; pero principalmente á la juventud. Veían que esta edad, dominada por una accion inquieta, y tiranizada por un tropel de pasiones violentas, tiene sobre todo necesidad de que se inclinen sus disposiciones del lado de la virtud, y de que la ocupen en trabajos que le agraden; que para ser firme en los buenos principios, es preciso haber recibido una educacion honesta, y estar imbuído en máximas y sentimientos generosos. Como las facultades son diferentes, no es posible el prescribir á todos los mismos ejercicios: ellos se arreglaban sobre los bienes de cada uno. Á los que tenían una

mediana fortuna, los inclinaban hácia el lado de la agricultura y del comercio, convencidos, por una multitud de exemplos, de que la pereza hace nacer las necesidades, y que las necesidades engendran el crimen: cortando así el principio de los vicios, pensaban haber suprimido todas las faltas que producen. Á los mas ricos, los ocupaban en el ejercicio del caballo, en el de la caza, y en el de la filosofía, aplicandolos al estudio de las ciencias y de las letras; seguros de que por este medio se harian hombres distinguidos, ó á lo menos evitarian todos los desórdenes de su edad.

Despues de haberlos velado en la adolescencia, no los perdian de vista en ningun tiempo.

Dividiendo las campiñas en lugares, y el pueblo en tribus, velaban tambien sobre la conducta de cada particular. Aquellos, cuya vida no era regular, eran citados ante el Areópago, el qual advertia á los unos, amenazaba á los otros, ó los castigaba segun lo merecian: ellos sabian que hay dos medios de arrastrar al crimen ó de exterminarlo; que en los pueblos en donde no se piensa, ni en precaverlo, ni en castigarlo, en donde los Tribunales pecan por demasiada indulgencia, los mejores naturales se pervierten; pero que por todas partes en donde es tan difícil á los culpados el ocultarse, como el obtener gracia, si son descubiertos, el vicio desaparece y las costumbres se purifican.

Hay hombres que han tenido la desvergüenza de decir, que la injusticia, aunque generalmente aborrecida, era provechosa en la mayor parte de las circunstancias; que la equidad por el contrario, bien que estimada y respetada, era perjudicial á nuestros intereses, y menos ventajosa para nosotros mismos, que para aquellos con quienes tenemos que vivir. Ellos se engañan, sin duda, y no ven que nada hay mas apropósito

---

(\*) Hay en la arenga sobre la paz, un lugar comun sobre la justicia, que se ha creído deber citar, sin omitir nada de él.

[ 138 ]

para hacernos obtener verdaderas ventajas , verdaderos adelantamientos , la verdadera gloria ; en una palabra , la verdadera felicidad , que la práctica de todas las virtudes . En efecto , las qualidades del alma son las que nos aseguran la posesion de los bienes que podemos desear ; y así , el descuidarse en perfeccionar el alma , es descuidar , sin saberlo , el medio mas conveniente para hacerse mas ilustrado y mas feliz que los otros . ¿ Podrian , por otra parte , figurarse , que las personas mas fieles al respeto que debemos á los dioses , y á la justicia debida á los hombres , prontos á sufrirlo todo , y á hacerlo todo por no apartarse de ello , serán menos favorecidas que los perversos , y

[ 139 ]

no gozarán de privilegio alguno , ni cerca de los dioses , ni de los hombres ? En quanto á mí , me hallo persuadido á que ellas solas pueden procurarse ventajas sólidas , y á que las satisfacciones de los malos son funestas siempre . Esos hombres injustos que pretenden usurpar las posesiones ajenas , y que miran esta usurpacion como un gran bien , semejantes á aquellos animales voraces , que se dexan coger con cebos groseros , se apoderan codiciosamente de su presa ; pero bien presto caen en el exceso del mal : en lugar de que las almas justas y religiosas , gozan en lo presente de un estado tranquilo y seguro , y pueden prometerse todavía una felicidad sólida y durable por el resto de sus dias .

[ 140 ]

Si hay exemplares en contrario, á lo menos son muy raros. Ahora, supuesto que no se nos ha concedido el leer en lo futuro, y ver con certidumbre lo que debe sucedernos de feliz, exíge la prudencia el elegir lo que es mas comunmente útil. En fin, ¿ no sería una contradiccion visible, el creer que la equidad es una disposicion del alma, mas agradable á los dioses que la injusticia, y el pensar que los hombres justos tendrán una vida mas miserable que los malos ?

CCIV.

Un orador que se presta al gusto de los que le escuchan, consigue tanto mas facilmente el inducirlos al error, quanto el

[ 141 ]

placer que nace de sus discursos, es como un velo que les oculta la verdad.

Nosotros no tenemos nada que temer en esta linea del que se pica de ser franco: como no trata de seducirnos, solo ilustrándonos acerca de nuestros verdaderos intereses, nos hará mudar de parecer.

CCV.

Nadie puede, ni juzgar de lo pasado, ni deliberar sobre lo futuro, sin comparar diversos pareceres, y sin haberlos oído todos sin especie alguna de prevencion.

CCVI.

La moderacion es costosa y dura á la mayor parte de los

[ 142 ]

hombres ; porque estos gustan tanto de llenarse de vanas esperanzas , y son tan codiciosos de toda ganancia , aun injusta , que los mas ricos , no contentos jamás con su fortuna , y deseosos siempre de lo que no tienen , se exponen á perder lo que poseen.

CCVII.

La mayor parte de los hombres , es más enemiga de aquel que la reprehende sus faltas , que de aquel que se las hace cometer.

CCVIII.

Mas favorablemente se escucha un discurso pronunciado , que otro escrito : el uno se mira como inspirado por la nece-

[ 143 ]

sidad y los negocios , y el otro dictado por el interés ó por el orgullo.

CCIX.

Qualquiera que tiene sentimientos elevados , debe elegir los mas grandes modelos , y esforzarse para seguirlos.

CCX.

Mirad como sabios , no á aquellos que disputan con sutileza objetos frívolos , sino á aquellos que tratan con eloqüencia materias importantes ; no á aquellos , cuya alma poco constante fluctua al gusto de las vicisitudes humanas , sino á aquellos que saben soportar igualmente la buena y la mala fortuna.

[ 144 ]

CCXI.

La eloquencia sabe quitar la máscara al vicio, y preconizar la virtud. El ignorante se instruye con ella, y el sabio se hace conocer. Nosotros encontramos en el arte de hablar, la señal menos equívoca del talento de pensar. Un discurso sólido, justo y razonable, es la imagen de un alma recta y sincera. Con la palabra conducimos los hombres á la verdad que se oculta, y á la verdad que se contesta.

CCXII.

El que reprehende y el que acusa, emplean necesariamente con poca diferencia el mismo lenguaje; pero siendo su intencion diferente, no debe juzgarse del

[ 145 ]

mismo modo de los dos, aunque digan las mismas cosas. Á los que por malignidad reprehenden, debe aborrecerseles, como hombres mal intencionados; y á los que reprehenden con justo motivo, debe agradecerseles, y mirarlos como amigos fieles.

CCXIII.

No se debe envidiar la suerte de aquellos hombres soberbios, que se erigen en tiranos de su patria, ni la de aquellos ambiciosos, que se abrogan un poder enorme; sino mas bien la de aquellos espíritus moderados, que muy dignos de honores supremos, se contentan con los que el pueblo les concede.

*Tomo IV.*      K

Ciegos quasi todos los hombres en sus elecciones, desean con mas ardor lo que les es perjudicial, que lo que puede aprovecharles, y trabajan para sus enemigos, mucho mas que para ellos mismos.

## CCXV. (\*)

Deben seguramente mirarse como los autores de nuestras mas brillantes prosperidades, y como

---

(\*) El elogio de los grandes hombres que gobernaron la república de Atenas antes de las guerras contra los Persas, no debe omitirse en este lugar; y con él se concluirá el extracto de la moral de Isócrates.

dignos de los mayores elogios, aquellos Atenenses generosos que expusieron su vida por la felicidad de la nacion: mas no sería justo olvidar los hombres célebres, que antes de aquellas guerras gobernaron nuestra república. Estos fueron los que formaron el pueblo de Atenas, y los que llevándole de valor, prepararon á los bárbaros, temibles adversarios.

Lejos de descuidar los negocios públicos, lejos de servirse de los tesoros nacionales como de sus bienes propios, y de abandonar el cuidado de ellos como cosas extrañas, los administraban con la misma atencion que su patrimonio, y los respetaban, como debe respetarse el bien ageno. Ellos no colocaban la felicidad

en la opulencia; y les parecia que gozaba las mas sólidas y mas brillantes riquezas aquel que practicaba las acciones mas honrosas, y dexaba mayor gloria á sus hijos. No se les veia combatirse entre ellos con audacia, ni abusar de sus fuerzas, y volverlas contra sus compatriotas; sino, temiendo las reconvencciones de sus conciudadanos, aun mas que una muerte gloriosa en medio de sus enemigos, se avergonzaban de las faltas comunes, mas que ahora nos avergonzamos de las faltas personales. Lo que los fortificaba en estas felices disposiciones, eran sus leyes llenas de sabiduría, las cuales miraban menos el arreglar las discusiones, que el mantener puras las costumbres. Sabian que

para los hombres virtuosos no hay necesidad de multitud de ordenanzas; y que un corto número de reglamentos, basta para hacerles obrar de concierto en los negocios públicos ó particulares. Ocupados unicamente en el bien general, se dividian y separaban para disputarse mutuamente, no la ventaja de destruir á sus rivales para dominar solos, sino la gloria de adelantarlos en servicios hechos á la patria; se acercaban y unian, no para aumentar su crédito ó su fortuna, sino para multiplicar el poder del Estado. El mismo espíritu animaba su conducta con respecto á los otros Griegos: no los ultrajaban: querian mandar, y no tiranizar: querian conciliarse el amor y la confianza de los pue-

blos : ser llamados Xefes ; antes que Señores : libertadores , mas bien que opresores ; y ganar los pueblos con beneficios , antes que reducirlos con la violencia. Sus simples palabras eran mas seguras que nuestros juramentos , y los convenios escritos , eran para ellos decretos del destino. Menos zelosos de hacer conocer su poder , que de manifestarse dispuestos en favor de los mas débiles , deseaban que los mas poderosos lo estuviesen tambien con respecto á ellos. En fin , cada república no era á los ojos de cada uno , sino un pueblo particular : la Grecia era una patria comun.

Aquellos hombres que se muestran báxo un exterior que impone , que con el adorno de su ciencia , ó con la afectacion de sus virtudes , pretenden hacerse estimar mas que valen , no son ordinariamente sino impostores perjudiciales. Los sabios , por lo contrario , que han establecido y arreglado el culto de la divinidad , aun quando hubiesen exagerado las penas reservadas al crimen , y las recompensas destinadas á la virtud , son los verdaderos bienhechores del género humano : sí , á estos respetables mortales , que han sido los primeros que nos han inspirado el temor de los dioses , es á

[152]

quienes debemos la ventaja de  
no haber vivido como los bru-  
tos.

FIN DEL TOMO QUARTO.

SEPTIMO  
MAYO  
COCHINO



B561

.M4

A7

FHRC

156988

RECEIVED  
DIRECTOR

---

AUTOR



